

## POESÍAS.

## ODAS.

## I.

A la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora (1).

De célico placer y gozo lleno  
El pecho arrebatado  
Se dilata, y el fuego desusado  
No cabe ya en mi seno.  
Céfiro vuela en torno presuroso  
De mi olvidada lira,  
Y entre sus cuerdas plácido me inspira  
El canto delicioso.  
Naturaleza toda de hermosura  
Nueva se ve adornada,  
Y risueña la tierra está bañada  
De celestial dulzura.  
Más claro el sol se muestra y resplandece  
Con dulces esplendores;  
El prado se matiza en mil colores  
Y mil flores ofrece.  
Corre ya el duro hielo desatado,  
Y pierde su aspereza  
La escarpada montaña; su braveza  
El leon despiadado.  
Pacén en uno el tigre y el cordero,  
Y en la débil cabaña  
Seguro está el ganado, ni la saña  
Teme del lobo fiero.  
Recoge el labrador la apetecida  
Espiga no sembrada;  
Y ya la corva reja abandonada  
Se mira enmohecida.  
Todo es placer, que ya el Omnipotente  
Vuelve el rostro piadoso  
Al mundo desdichado, y amoroso  
Salva á la humana gente.  
Excita nuestro Dios su fuerte brazo,  
Y el instante apresura  
En que el velo mortal á la criatura  
Se unirá en fuerte lazo.  
Forma, del negro sello libertada,  
La poderosa mano,  
Digna Madre que al Hijo soberano  
Dé carne inmaculada.  
Gozoso el mundo en tan felice día,  
Ya presente cercano  
A su libertador, y el inhumano  
Yugo que le oprimía,  
Sacude de su cuello lastimado;  
Y el opresor violento  
Cubre el altivo rostro, y macilento  
Huye precipitado.  
Libre es el Universo; y las naciones  
De la tierra, postradas,  
Celebran, de ternura arrebatadas,  
Las disueltas prisiones.  
Rotas mira el tirano de su imperio  
Las pesadas cadenas;  
Y que á sufrir va misero entre penas  
Infame cautiverio.  
Mira de Adán la prole venturosa  
De nuevo ennoblecida,  
Y en gloria de los hombres convertida  
Su astucia cautelosa;  
Brama, y en odio vil y en ira ardiendo,

(1) Leída en la Academia de Letras Humanas de Sevilla el 13 de Diciembre de 1795. Un año antes (el 8 de Diciembre de 1794) había leído Blanco en la misma Academia otra oda al propio asunto. Solo tenía á la sazón diez y nueve años. (Nota del Colector.)

Con horrido estampido  
Al abismo se arroja, que el gemido  
Repite en sordo estruendo.

## II.

A Carlos III, restablecedor de las ciencias en España.

(1795.)

Después que hubo la mano omnipotente  
De entre la escuridad del caos confuso  
Sacado á luz el universo todo,  
Las puertas inmortales  
Del Olimpo se abrieron, y en brillante  
Tropa los altos númenes la ocupan,  
Y la fábrica inmensa  
Confusos miran, y á su autor ensalzan.  
Mas no fué dado á la gloriosa turba  
La gran mole entender que tanto admiran;  
Que el Padre de las cosas sólo quiso  
A Febo luminoso, á quien el mando  
Cedió del universo, hacer patentes  
Sus escondidos senos, y los hados  
Que rigen lo futuro.  
Y así luego que el néctar y ambrosía  
Les dió á gustar en copas refulgentes,  
De su gloria y poder quiso hacer muestra  
El Padre soberano: y de sus obras  
En dulce voz y citara sonora  
Febo cantó, y atento oyó el Olimpo.  
La eternidad cantó, y el hondo seno  
Del caos sin principio, y cómo el tiempo  
Empezó su carrera; cómo el orbe  
Origen tuvo, y cómo la alma tierra.  
Las estrellas cantó, y el movimiento  
De los cielos, y cómo la luz pura  
Ilustró al mundo en vivos resplandores.  
Dijo la instable luna, y la suave  
Armonía del cielo sonoro.  
Mas cuando el hombre dijo, que por padre  
Del humano linaje  
Formó en la tierra mano poderosa,  
El velo oscuro alzó, que el hado eterno  
Oculta áun á los ojos celestiales,  
Y del tiempo futuro el ancho espacio  
Se miró esclarecido.  
¡Oh, cuánto dijo de la prole inmensa  
Del hombre, y sus acciones hazafiosas!  
¡Cómo cantó las guerras y los males  
Que inundaron la tierra, los varones  
Sublimes por sus hechos y memoria!  
Y cuando ya de los postreros días  
Quiso cantar, el elevado acento  
Templando, no trofeos ni despojos  
Sonó su sacra lira;  
Que con más dulce fuego los laureles,  
En sangre no teñidos  
Mostrar quiso á los ojos soberanos,  
Que á mil gloriosas sienes ya destina.  
«Un tiempo vendrá, dice en voz canora,  
En que mis aras profanadas mire,  
Y mi poder fenezca en torpe olvido.  
¡Oh qué pálida niebla se dilata,  
Cubriendo el mundo con oscuro velo!  
Ya donde de mis luces brilladoras  
Al influjo sagrado  
Se dilató mi imperio, la ignorancia  
Fija su trono, y á su voz se rinden  
Los miseros mortales.  
Manda, y se le obedece: calla muda  
La tierra ante su rostro, y oprimida  
Gime por largo tiempo entre congojas,

¡Hesperia! tú otras veces venturosa  
Mansion de mis alumnos, tú su estrago  
Sientes más infeliz, y cuando brilla  
Benéfica mi luz, y las naciones  
A esclarecer empieza,  
Aun yaces triste entre la escura sombra.  
» Mas ya el libertador que te destina  
El alto cielo, miro: ya lo veo  
De laureles ceñido  
Tu almo trono ocupar, y abandonando  
De Parténope el suelo, á tí la gloria  
De sus triunfos ceder, y orlar tu frente  
Del esplendor con que adornó la suya.  
Por él de la ignorancia el monstruo horrendo  
De tí se ve arrojado, y anhelante  
Buscar asilo en el profundo Erebo.  
Ya las artes renacen: ya mi fuego  
Arde en sagrados pechos, y sus voces  
Mi nombre ensalzan al eterno Olimpo.  
¡Oh! ya la tierra alegre se esclarece,  
Libre del fiero monstruo; y la brillante  
Luz de la celestial sabiduría  
Al mundo ilustra, y en su amor lo inflama.  
» Héroe glorioso, cuyo sacro nombre  
Los hados me descubren, ¡cuándo, cuándo  
El día llegará que con sus rayos  
Esclareciendo tan heróicos hechos,  
De la tierra esté el cielo envidioso!»  
Calló Febo; y el alto firmamento  
Paró el curso sonoro:  
Y ansioso el tiempo, corre apresurado  
Por ver lo que ha escuchado.

## III.

A Apolo pidiéndole restablezca sus altares en Sevilla.

(1796.)

Baja del cielo en carro luminoso,  
Señor de Delo, y con tus luces bellas  
Ilustra los confines de Occidente,  
Y aquí do el muro Bétis generoso  
De Híspalis baña, esparce tus centellas.  
Baja también el arco omnipotente  
Del hombro suspendido,  
Y de tu honor perdido  
Venganza tomarás, y el bando insano  
Disipará tu mano.  
Baja, y verás la turba que al sagrado  
Coro desprecia, y de Helicon profana  
La no manchada fuente, y la gloriosa  
Cumbre blasfema con furor osado.  
Verás rota tu lira soberana;  
Verás del Bétis la ribera undosa,  
Do tu gloria persiste,  
Cuál yace sola y triste,  
Y sólo habita en su recinto hermoso  
Silencio pavoroso.  
Tristes despojos de tu antigua gloria  
Allí verás, y miserables señales  
De un impío furor. ¡Oh! profanados  
Tus altares están, y en vil escoria  
Sepultadas tus aras, desiguales  
Colinas forman. Ya donde entonados  
Fueroñ himnos suaves,  
Sólo agoreras aves  
Resuenan, y con áspero lamento  
Ensordecen el viento.  
¡Y mirarás acaso con semblante  
Sereno tu ignominia? ¡Qué! ¡tu nombre  
Dejarás abatido? ¡Abandonada  
Podrás ver la ribera, que brillante  
Iluminaste un tiempo? ¡Y do el renombre  
Creció del sacro Pindo, ver pisada  
Sufrirás la sonora  
Cítara, en que canora  
La voz de Herrera al cielo tus loores  
Ensalzó, y sus amores?  
Embraza, embraza el arco poderoso,  
Y pon en él de las doradas flechas,  
Que la prole de Niobe traspasaron,

Hiere, y verás el bando sedicioso  
Huir precipitado, cual deshechas  
Nubes, que fuertes vientos disiparon;  
Hiere, que la ribera  
Del Bétis placentera  
Se alegra, y al mirar la torpe huida,  
Recobra nueva vida.  
Brilla, y verás al punto tus altares  
Con nuevo honor; verás tornarse amenas  
Tus márgenes amadas; la alegría  
En ellas morará; dulces cantares  
Publicarán tu gloria, y sus arenas  
No envidiarán la antigua melodía;  
Que al acento divino  
Verán el cristalino  
Curso parar las aguas, y, enfrenadas,  
Escuchar sosegadas.

## IV.

A Licio (1).

Torna del año la estación amena,  
Y ya el agudo hielo  
Del monte al valle corre desatado:  
Ya con luz más serena  
El sol fecunda el aterido suelo,  
La tierra anuncia el fruto deseado,  
El prado se florece,  
Y de verde esmeralda se enriquece.  
Las aguas que sus límites pasando  
Cubrieron la llanura,  
Cuando del Bétis el furor deshecho  
Híspalis vió temblando,  
No amenazan del campo la hermosura;  
Que recogido ya el antiguo lecho,  
La orilla floreciente  
Halaga con su plácida corriente.  
¡Con vigor nuevo, oh Licio, ves la tierra  
Cuál rejuvenecida  
Adorna ahora su rostro lisonjero  
Con cuanto hermoso encierra?  
Aguarda, pues, que Febo le despidia  
En el estivo ardor su rayo fiero,  
Verás cuál desaparece  
El lozano verdor que la embellece.  
Así nada hay estable. Los crüeles  
Soplos del noto airado  
Ceden del dulce céfiro al aliento;  
Del Mayo los verjeles  
Quema Agosto de espigas coronado;  
Luego el otoño alivio da al sediento  
Campo, y muestra su frente  
Con mil opimos frutos reluciente.  
Vemos, Licio, del tiempo repetido  
En sucesion constante,  
El año renacer de nuevo al mundo;  
Mas cuando ya cumplido  
De nuestra vida el término, el instante  
Fatal llegare, entónces en profundo  
Olvido sepultado,  
Del tiempo nuestro nombre será hollado.  
¡Cuán necio es quien pretende su memoria  
De la comun ruina  
Librar en duros mármoles, que acaba  
El tiempo con su historia!  
De la inmortalidad se le destina  
Solo el asiento á quien su nombre graba  
Y sus heróicos hechos  
Con solo amor en los humanos pechos.

## V.

A las Musas.

(1796.)

¡Cuál deidad ó cuál héroe, lira mia,  
Resonará en tus cuerdas? ¡Qué sagrados  
Himnos, ó cuyos nombres entonados

(1) Lista.



Gloriosa harán tu suave melodía?  
¿Cuál hecho las riberas  
Del Pernesio florido  
Entre el ruido  
De su corriente  
Escucharán, bañando las praderas  
Más dulce y blandamente?

A tí solo, glorioso, eterno coro,  
A quien del Pindo la mansión sagrada  
El cielo dió, mi voz por tí inspirada  
Cantará, y de tus dones el tesoro.  
Tus glorias, si el aliento  
Soberano me enciende,  
Por cuanto extiende  
Sus resplandores,  
Delio, se escucharán, y el ancho viento  
Llevará tus loores.

Por vos, oh claras ninfas de Helicona,  
Por vos su pecho arrebatado mira  
El dichoso mortal á quien la lira  
Disteis, y en ella celestial corona.  
Por vos naturaleza  
No le esconde su seno;  
Mas ya sereno  
Su rostro puro  
Pródiga muestra, y su inmortal belleza  
No oculta en velo oscuro.

Mira entónces la faz resplandeciente  
De la madre comun enardecido,  
Y con sonora voz canta atrevido,  
El seno oculto á la profana gente.  
Canta como la aurora  
Con sonrosada mano;  
Al soberano  
Febo el camino  
Prepara, y con la bella luz colora  
Del semblante divino.

¿Cuál bordando las nubes de rubíes,  
Y el viento dulcemente humedeciendo,  
El campo dilatado va cubriendo  
Con encarnadas rosas y alelíes;  
¿Cuál, si bramó alterado  
El austro ó noto fiero,  
En placentero  
Aliento leve  
Ante su hermoso rostro ya mudado,  
Las tiernas flores mueve.

Canta cuál la carrera en su seguida  
Emprende Febo, cómo la ancha esfera  
De sus rayos bañada, reverbera  
La eterna luz que al mundo le da vida;  
Cómo, precipitado  
Ante el carro lumbroso,  
Con paso odioso  
El tiempo anhela,  
Y de fugaces horas rodeado  
Con prestas alas vuela.

Canta cómo al Océano sonoro  
Llegando, de su luz en la onda fría  
Despoja el carro que ilumina el día,  
Y tiembla en ella el eje ardiente de oro;  
Canta la noche oscura  
Siguiendo sus pisadas,  
Y las calladas  
Horas, que al mundo  
Descanso dan de la fatiga dura,  
En silencio profundo.

¡Ah, si! pródigo el cielo en tí derrama,  
Sagrado coro, en abundante vena  
Sus dones, y de honor se mira llena  
La tierra por tu aliento é ilustre llama.  
Salve, pues, y amoroso  
Tu fuego da á mi pecho;  
Que en él deshecho  
Diré tu gloria;

Del tiempo haré mi nombre victorioso,  
Y eterna mi memoria.

## VI.

De Albino á Fileno, en la muerte de Norferio (1).  
(1797.)

Lloras, Fileno, y baña el llanto ardiente  
Tu rostro al despuntar la nueva aurora,  
Y lloras cuando Febo ya colora  
Las nubes de occidente.  
Tu rostro do moraba la alegría,  
Pálido ahora se mira y macilento,  
Y de llorar tus ojos sin aliento  
Huyen la luz del día.

¿Y quién, Fileno, de tu amarga pena  
Libre mira su pecho? ¿Quién no gime?  
¿Quién, cuando así la Parca el hierro esgrime,  
Lo ve con faz serena?

¿Quién de Norferio en la infelice suerte  
No llorará el rigor del fiero hado,  
Y de Hesperia el honor arrebatado  
Por la envidiosa muerte?

Gime la patria, gime el almo coro,  
El mismo Apolo gime, y su gemido  
Repite el sacro Pindo, que movido  
Se ablanda al triste lloro.

¿Mas piensas tú, bañado en llanto eterno,  
El paso detener al alma cara,  
O conmovér á la deidad avara  
Con tu lamento tierno?

¿Quién al hombre podrá romper el velo  
Que su vista perturba y oscurece!  
Se ve mortal, y más su orgullo crece,  
Y clama contra el cielo.

El mundo de ruinas ve cubierto;  
Laureles, armas, cetros destrozados  
Entre escombros ¡ay! yacen olvidados  
En áspero desierto.

¿Por qué, si todo acaba, el orgulloso  
Mortal pretende, en llanto consumido,  
El decreto en sí solo ver rompido  
Del cielo riguroso?

## VII.

El triunfo de la beneficencia (2).

¿Crimen, horror, desolación!... ¿es cierto  
Que hay en la tierra sosegado asilo  
Contra vuestro furor? ¿Seguro puerto  
Encontrará el mortal desventurado,  
Donde el sangriento filo  
Huya de la maldad, enarbolado  
Sobre el cuello inocente?

¿Habrás dónde esquivar su rayo ardiente?  
De obscura sombra la anchurosa tierra  
Cubierta ven mis ojos. La perfidia,  
El ódio, y cuantos monstruos dentro encierra  
El cavernoso pecho carcomido  
De la pálida envidia,  
Vagan en escuadron enfurecido,  
Y esgrimen sus aceros:

¡Ah! ¿no escucháis los ayes lastimeros?  
No sueño, no: mirad, á la vislumbre  
Que esparce el hacha, del furor sangriento

(1) Albino, Blanco; Fileno, Reinoso; Norferio, Forner.  
(2) Esta oda fué leída el 23 de Noviembre de 1803 en junta pública de la Sociedad Económica de Sevilla.  
Quintana admiraba esta composición. Escribió acerca de ella en el *Memorial Literario* (Marzo de 1806) las siguientes palabras: «Su autor ha dado en esta oda una muestra señalada de su talento para la poesía lírica, sacando tan hermoso partido de un asunto tan trillado y apurado ya por otros.... La invención poética; la disposición sencilla; la nobleza y dignidad de los pensamientos; las galas de imaginación con que están vestidos; el carácter de sencillez y ternura que se siente en toda ella; la elegancia, fluidez y dulzura del estilo; la belleza de la versificación tan variada y tan fácil, á pesar de la regularidad á que ha querido sujetarse el poeta: todo, en mi sentir, la hace todavía más digna del gran teatro del público, que de la solemnidad donde fué recitada.» (Nota del Colector.)

El estrago fatal. La pesadumbre  
Ved de los hierros que con presta mano  
Cierra el terror violento,  
Ministro fiel del escuadron tirano.  
La turba aprisionada  
Sólo espera ya el golpe de la espada.

Mirad: ved la discordia. Desparcida  
Al viento la encrespada cabellera  
Se agita entre las sombras: su homicida  
Diestra reparte á la pasmada gente  
Aceros con que hicra  
El pecho fraternal del inocente  
Mortal, que no pensára

A las manos morir que ántes amára  
¡Oh, cuál sacude de mortal veneno  
La antorcha emponzoñada! Las centellas  
Cuál ¡ay! prenden! ¡Cuál arde el mundo lleno  
De un impio furor! El monstruo horrible  
Que sembró las querellas

Se para, y llama á su escuadron terrible  
Para que en los despojos  
Venga á cebar los encendidos ojos.

Juntos los monstruos que abortó el Averno,  
Con amarga sonrisa están mirando  
El destrozó cruel el ódio eterno,  
Fruto de la discordia rencorosa,  
La tierra dominando:

«Cese ya nuestra fuerza poderosa,  
Dicen, que los humanos  
Se causarán la muerte por sus manos.»

¡Voz de desolación y de horror llena,  
En mal de los mortales proferida!  
¡Voz que á la tierra á destrucción condena,  
Del hombre ciego por fatal encanto

¡Ay! siempre obcecada.  
¿Qué mano enjugará su amargo llanto?  
¿O cuál piadoso oído  
Habrás que escuche su mortal gemido?

¡Ah! ¿quién lo ha de escuchar? ¿El que se atreve  
A ensangrentar el homicida acero  
En el incanto pecho, ó el que aleve  
Halaga, antes de herir, al infelice

Con labio lisonjero?  
¿Dónde está el corazón que no maldice,  
En lágrimas deshecho,  
Alguna ingratitud de humano pecho?

¿Dónde el labio inocente no manchado  
De horrible maldición contra la dura  
Mano del hombre? ¿Sér desventurado,  
Nacido para el mal tuyo y ajeno!

De pena y amargura  
Por tí se mira el universo lleno,  
Y... Pero qué armonía  
Suspende de improviso el alma mía?

¿Qué hermosa luz del cielo desatada  
Baja á mi corazón? ¿Dó están? ¿Dó fueron?  
¿Los monstruos... ah! Los vi. Precipitada  
La inmunda hueste huyó: cual presto rayo  
De aquí desaparecieron.

¿Qué vigor celestial, de su desmayo  
Recobrando á la tierra,  
De su alma faz la palidez destierra?

¡Oh! ¿qué es de mí? ¿Qué soberano acento  
En mi labio nació? Canto sublime  
Dentro del pecho borbotando siento.

¿Quién eres, oh deidad, que en mí lo enciendes?  
¿Dó estás? tu nombre dime.  
Te miro, nimen santo; ya descienes  
De la cumbre del cielo,  
Hendiendo con tu luz su puro velo.

Desciendes ¡ah!... ¿Cuál templo venturoso  
Recibirá sus plantas inmortales?  
Mas ¡oh placer! Su giro luminoso  
Dirige á este lugar. Ya el rostro miro  
Con luces celestiales

Resplandecer: los ámbares respiro  
Que esparce por el viento  
De la celeste diosa el puro aliento.

Amor, tranquilo amor su rostro espira,  
Y calma deliciosa, cual derrama  
El aura matinal cuando suspira,  
Despertando entre nubes la alba aurora.

De sus ojos la llama  
Envidia es de la estrella precursora  
Del día, y al oriente  
Empañan los reflejos de su frente.  
¿Cuál la luna en el cándido celaje  
Templa y aumenta á un tiempo su belleza,  
Tal, bajo el sutilísimo ropaje,  
Cela y descubre la gallarda diosa  
Su oculta gentileza:

Empero muestra cual virgínea rosa  
El pecho torneado  
De celestial candor sólo velado.  
De sueltos genios un hermoso bando  
En torno de ella siembra los colores  
Del iris con sus alas. Revolando  
Otros mil juguetean á su planta  
Con festones de flores.

Mas un coro gentil sus glorias canta:  
¿Ois? Beneficencia,  
Eco dice, imitando su cadencia.

Salve, dicen, amable hija del cielo,  
Del misero mortal consoladora,  
A su clamor descende en presto vuelo.  
Más dulce que la lluvia al mustio prado,  
Tu vista encantadora

Será al hombre, que, en lágrimas bañado,  
Sin esperanza gime  
De hallar quien de sus males se lastime.  
Oiste su clamor, y condolido  
Del empero dejaste la alta cumbre.

Vén, ¡oh hermosa! cual niebla ennegrecida  
Huye ante el rayo del brillante Febo,  
Así al mirar tu lumbre  
El mal, bramando, se lanzó al Erebo.

¡Ah! ¿quién dirá tu gloria  
Si nace de tus ojos la victoria?  
¿O quién dirá el riquísimo tesoro  
Que por tu mano el cielo al hombre envía?

Aun no giraba el sol sobre eje de oro,  
Ni de su ardiente rostro derramaba  
La hermosa luz del día,  
Y ya al mortal tu amor le preparaba  
De su autor en el seno,  
De riqueza y placer un mundo lleno.

En el seno inmortal donde naciste  
Hija de su bondad, cuando la inmensa  
Mente le vino estrecha. Tu rompiste  
Los lazos de la nada, y de otros seres  
La muchedumbre densa  
Por tí nació á la luz y los placeres.  
En el Sér soberano  
La fuente de la vida abrió tu mano.

La abrió, y brotó cual rápido torrente  
El mar de fuego que inundó el umbrío  
Seno del caos; su esplendor fulgente  
De soles lanza el escuadron glorioso  
Al espacio vacío.

Allí Febo bañó su rostro hermoso  
Con rayos animados,  
De virtudes prolíficas preñados.  
¿Quién si no tú, Beneficencia amable,  
Fecundó de la tierra el seno rudo?

¿Quién si no tú del piélago insondable,  
De montes en fortísima cadena,  
La furia enfrenar pudo?  
¿Quién si no tú vistió la faz amena  
Del prado con verdura,  
Y dió á la opaca selva su espesura?

Del hombre eternamente enamorada,  
Tú fuiste quien de pompa y de riqueza  
Cubrió su felicísima morada.  
Por tí, en alas del céfiro mecida,  
Hija de tu ternura,  
Bajó la primavera. A su venida  
Brotó el campo las flores,  
Y ardieron en los pechos los amores.

Mas cuándo como raudo torbellino  
Desatados los males devastaron  
Al mundo, y el dolor en el mezquino  
Corazón del mortal semilla impía  
De los llantos sembraron;  
¿Quién al misero entónces tendería



La mano bienhechora?  
 ¿Quién si no tú, deidad consoladora?  
 Tú, convirtiendo en bálsamo el veneno,  
 Hiciste que el remedio allí naciera  
 Donde nació el dolor. Llanto sereno  
 Más delicioso al corazón hallaste  
 Que risa placentera.  
 Impio dolor, los males que causaste  
 Perdieron su amargura  
 Cuando el llanto nació de la ternura.  
 Llanto de compasión, aljófara leve,  
 Más fecundo de bienes que el rocío  
 Que el alba por el Mayo al prado llueve;  
 Parezca el corazón que no ha probado  
 Tu dulce poderío;  
 Y al que sin tí ver pudo a un desdichado,  
 Le haga probar el cielo  
 De llorar solo el triste desconsuelo.  
 Mortales que seguís la fugitiva  
 Imágen del placer, que, vana sombra,  
 Es mientras más buscada más esquiva,  
 Atras volved. Las matizadas flores  
 Con que el camino alfombra,  
 Abrojos son que causan mil dolores.  
 ¡Ay de mí, qué gemidos  
 Os guardan sus halagos fementidos!  
 De la benigna diosa el templo santo  
 Mas sabrosos placeres os prepara.  
 Venid, y compasivos vuestro llanto  
 Al llanto del dolor y la indignancia  
 Mezclad sobre su ara.  
 De allí elevado, cual sutil esencia  
 Formando hermosa nube,  
 Veréis que al trono del Eterno sube.  
 Sube, y llegando ante el lumbroso asiento  
 Do rige de los orbes el destino,  
 Su vista atrae en sesgo movimiento  
 Hacia los hombres; y el amor se enciende  
 En su rostro divino.  
 A la mirada que sobre ellos tiende,  
 Se unen con dulce lazo  
 De la Beneficencia en el regazo.

## VIII.

A la instalación de la Junta central de España.

No más, no más, oh patria, enmudecido  
 Te podré contemplar; naces gloriosa  
 A mi amor otra vez y a mi esperanza,  
 Y el canto de victoria te es debido.  
 ¡Días de horror! La nube tenebrosa  
 De muerte y destrucción que te cercaba  
 Atónito miraba,  
 Y postrada al dolor el alma mía,  
 Y un yerto horror corriendo por mis venas,  
 Más quise no gozar la luz del día  
 Que verte moribunda entre cadenas.  
 Sí: yo las vi en tus manos  
 Cuando en tu seno maternal cayeron  
 Tus caros hijos, por la vez primera  
 Heridos del puñal de esos tiranos.  
 ¡Oh amada patria! Si la sangre fuera  
 Único alivio á tus acerbos males,  
 Tuya es también la sangre de este pecho;  
 En noble ardor deshecho  
 Al ver volar tus hijos denodados  
 A salvarte ó morir, gemí, y la suerte  
 Envidié de tus inclitos soldados.  
 Mas no sólo el acero  
 Y el cañón destructor te amenazaba,  
 Que á no tener más armas ese fiero,  
 Nunca temiera ¡oh patria! verte esclava.  
 ¡Ah! no cesó tu riesgo en la victoria,  
 Vengada si quedaste, no segura:  
 Ya de la orilla impura  
 Del Sena, en sangre libre mancillado,  
 Con ominoso vuelo  
 La discordia infernal partido había,  
 Y se agitaba por tu hermoso suelo.  
 Ya, ya devora con sangrientos ojos  
 Víctimas mil y mil: ya las centellas

De funesta ambición deja sembradas,  
 Y pábulo les prestan los enojos.  
 El tirano de Europa las pisadas  
 De su númen genial atento mira,  
 Y en silencio traidor la llama espera  
 Del vengador volcan por que suspira:  
 «Sirva tu mismo ardor, oh nación fiera,  
 Clama, á ponerte el yugo  
 Que al mundo todo destinar me plugo.»  
 «¿Qué! ¿Aun restan hombres? ¿La servil cadena  
 Desdeña ese rincón del continente,  
 Cuando mi nombre y mi temor lo llena?  
 Por límites fijé los anchos mares  
 A mi futuro imperio,  
 Y sólo esos feroces insulares,  
 A quien defienden las hinchadas olas,  
 Pudieran escapar al cautiverio.  
 ¡Mas qué insulto! ¿Las armas españolas  
 Impenetrable muro  
 Serán á mi ambición? Parezca España,  
 Parezca, sí: lo juro,  
 Sus mismas manos vengarán mi saña.»  
 «¿Quién de esos atrevidos campeones  
 Moderará el ardor? La sed de mando  
 Dividirá bien pronto los pendones  
 Que el vano nombre unió de su Fernando;  
 En tanto que en prisiones  
 Melancólica sombra va acabando,  
 Mantenga la traición mi antigua gloria;  
 Venza yo, que el oprobrio es del vencido,  
 El vencedor es dueño de la historia.»  
 Mas ¡ah! tronando el cielo  
 La blasfemia escuchó, y al punto alzado  
 En medio de los campos de Castilla,  
 No, exclamó el númen del ibero suelo;  
 No, resuenan los plácidos verjeles  
 Que el sacro Tajo baña,  
 No, dicen de su orilla los laureles,  
 Y allá en eco lejano,  
 No, repiten los montes de la España,  
 No, responde bramando el Océano.  
 No es vencedor el vil, ni las traiciones  
 Tienen poder contra los nobles pechos;  
 Nuestros heroicos hechos  
 Pasmada escuchará la edad futura,  
 Y tú el odio serás de las naciones;  
 Mira cuál se apresura  
 El valiente español, y estrecha el lazo,  
 El lazo fraternal que te estrema;  
 Mira cuál de la patria en el regazo  
 Su altivo amor de independencia crece.  
 La patria es su deidad, hé aquí su templo:  
 Al punto abriendo las ferradas puertas  
 De las régias mansiones  
 Que la negra traición dejó desiertas,  
 La dulce voz de patria,  
 Resuenan los dorados artesones  
 No acostumbrados á tan alto acento.  
 «Pueblos de Iberia, ved aquí el momento,  
 Prosigue el númen sacro, en que sellada  
 Va á ser la independencia generosa  
 Que está con vuestra sangre ya comprada.  
 »Pueblos, jurad (alzada está allí el ara)  
 Que execración al universo sea  
 Del oro ó del poder el alma avara;  
 Y el que encendiese la funesta tea  
 De la discordia en tan gloriosos días,  
 No encuentre asilo en el paterno suelo;  
 Con pasos temerosos,  
 Y en eterno desvelo,  
 Esquive, agonizando, sus hogares,  
 Y al querer reposar entre sus lares,  
 De la justicia santa  
 Sienta siempre el cuchillo en su garganta.»  
 Dijo el númen, y un grito de alegría  
 Confirmó el juramento sacrosanto,  
 Y del suelo español, llena de espanto,  
 Para siempre voló la tiranía.  
 Los vientos entre tanto  
 Por la faz de la Europa conmovida,  
 Susurran libertad, y las naciones,  
 Alzando al cielo la temible frente,

Y respirando enconó,  
 Hacen temblar al déspota en su trono.

## IX.

Los placeres del entusiasmo.

¿Quién el suave aliento de las musas,  
 El delicioso aliento que otras veces  
 De celestial ardor llenó mi pecho,  
 Vuelve á excitar en él? ¡Ah! ¿Quién despierta  
 Del sueño en que yacía  
 La casi ya olvidada lira mía?  
 Aliento soberano, dulce fuego,  
 Que animaste mis años juveniles,  
 Volaste como sombra fugitiva,  
 Y contigo el placer. El universo,  
 Cubierto de tristeza,  
 Perdió para mis ojos su belleza.  
 Mis ojos que vagaban inocentes  
 Ansiosos de admirar, y que encontraban  
 En cada objeto nuevo nuevo encanto,  
 Tímidos ya no saben do fijarse:  
 Que en la misma hermosura  
 Encubierta recelan la amargura.  
 Dulce ilusión, que al alma enajenada  
 Con tu mágico hechizo, de los males  
 Haces perder la sensación funesta;  
 El que, á la odiosa luz del desengaño,  
 Llega á verte en huida,  
 ¡Ay! para siempre llórete perdida.  
 Yo te perdí; mas no faltó en mi pecho  
 Tu memoria jamás. ¡Ah! no envidioso  
 De tu favor, en almas más felices  
 Te vi nacer; el gérmen de tus bienes  
 Les di en la poesía,  
 Y en su placer me gozaré algún día.  
 ¡Jóvenes venturosos! ¿Qué tesoro  
 En ella se os prepara! ¿Cuál os miro  
 Gozar enardecidos sus caricias  
 Y cantarlas en ecos armoniosos!  
 Cantad, que á vuestro acento  
 Mi antiguo fuego renovarse siento.  
 Así el cansado anciano, al ver alzada  
 El ara del amor para sus hijos  
 Bajo el árbol paterno, que la suya  
 Cubrió también, recuerda sus amores;  
 Nuevo aliento recibe,  
 Y en el placer ajeno otra vez vive.  
 Cantad: puro entusiasmo soberano  
 Ofrece desplegado á vuestra vista  
 De la naturaleza el cuadro inmenso.  
 A la luz encantada de su antorcha  
 La niebla desaparece,  
 Que á mis cansados ojos la oscurece.  
 ¡Ah! ¿la veis? ¡Cuán hermosa! la belleza  
 Se ofrece ya á mi vista en trono augusto  
 Dominando los orbes. De su rostro  
 Nace la luz que al universo anima;  
 Sus ojos celestiales  
 Anuncian gozo y vida á los mortales.  
 Mas ¡qué grupo de nubes encendidas  
 Se ven en torno de ella? Mil deidades  
 Tienen allí su asiento. Almas felices  
 A quien Apolo inspira el sacro fuego,  
 Vosotras las miráis,  
 Y ¡oh! decid las delicias que gozais.  
 Allí miráis la matinal aurora  
 En un lecho de rosas, matizado  
 Con las lucientes perlas del rocío,  
 Cándida sonreír. A su sonrisa  
 La noche coge el velo,  
 Y con ella sonríe todo el cielo.  
 Detras veis al luciente rey del día  
 Mandar con riendas de oro los caballos  
 Que tiran su carroza. Las estrellas  
 Ceden á su carrera el firmamento,  
 Y las fugaces horas  
 Siguen solas las ruedas voladoras.  
 En pos corren del carro luminoso  
 Las deidades, que en curso invariable  
 Mudan de faz al mundo, El yerto invierno

Sigue, la escarcha y lluvia destilando  
 De su alba cabellera,  
 Y abre el paso á la hermosa primavera.  
 La hermosa primavera conducida  
 Entre mil cefirillos, que voltean  
 En torno de su boca embalsamada,  
 Para bañar las alas en su aroma.  
 Al verla deja el sueño  
 El campo, y viste su verdor risueño.  
 Y luego viene el abrasado estío,  
 De doradas espigas coronado,  
 Derramando riquezas. El otoño  
 Su ardor calma en seguida. En su semblante,  
 Del año la esperanza  
 Conduce, y se renueva la labranza.  
 Mas ¿no veis allá un bosque delicioso  
 Poblado de hermosuras? En los prados,  
 Que sus erguidos árboles entoldan,  
 ¡Oh, cuántas ninfas, cuántas diosas miro  
 En tropas agrupadas,  
 De un enjambre de amores rodeadas!  
 Unas buscan los riscos, y en sus quiebras,  
 Cubiertas de festones ondeantes  
 Entrelazados de hojas y de flores,  
 Se ocultan. De las urnas que sostienen  
 Salta el limpio arroyuelo,  
 Y gira aljofarando el verde suelo  
 Otras aman los bosques, y á sus troncos  
 Ligan la amable vida. Otras los valles  
 Escogen por morada, y cuando Flora  
 En Abril aparece, de sus manos  
 Cogen las flores bellas,  
 Y siguen, esparciéndolas, sus huellas.  
 ¿Y quién es? ¡Ah! ¿Quién es aquella hermosa  
 Deidad que allí aparece, oscureciendo  
 Con su amable esplendor la luz de día?  
 Decid: ¿no veis? El orbe todo en calma  
 Parece que la mira,  
 Y enardecido en muda voz suspira.  
 Las fragorosas alas coge el viento,  
 Y amoroso se esconde entre las hojas  
 Del enramado bosque. Embebecido  
 Calla tranquilo el mar, y en sus orillas  
 Mira con faz serena  
 Jugar las blandas olas con la arena.  
 Mas ¿qué dudar? ¿Quién, reina de Citéres,  
 Podrá desconocerte? En tu regazo  
 Conduces al amor. Vates dichosos,  
 Amados de las musas, vuestra gloria  
 No debisteis á Apolo;  
 Vuestro Dios tutelar es amor solo.  
 ¡Oh, bajo cuántas formas se os presenta!  
 ¡Cuán variadas voces á la lira  
 Sabe prestar! Tú, tierno Anacreonte,  
 Niño lo miras, burlador gracioso,  
 Traidor en sus caricias,  
 Y tus versos respiran sus delicias.  
 Ya lleno de candor entre pastores  
 Lo ves vagar sin las amargas flechas,  
 Encantador Virgilio, á quien las gracias  
 En la cuna besaron. El tus labios  
 Escogió para nido,  
 Y en ellos se reposa adormecido.  
 Mas cuando de sus ojos centellantes  
 Espira el vivo fuego, que las almas  
 Enciende de los hombres y los dioses,  
 ¡Cuán dulce suena la armoniosa lira  
 En manos del poeta,  
 Cantando el dulce ardor de su sacta!  
 ¿Mas es él? Es amor? ¿Quién su sonrisa  
 Mudó en ceño feroz? ¿Quién el acero  
 Puso en su tierna mano? De su antorcha  
 El dulce ardor en abrasada hoguera  
 Mirad cual se convierte,  
 Amenazando destrucción y muerte.  
 Decid, decid su estrago y sus furoras,  
 Hijos de Melpomene. Almas sublimes,  
 Hablad y destrozad el pecho mio  
 De horror y compasión. ¡Cuánta dulzura  
 ¡Oh! qué placer y encanto  
 Sabeis unir con el dolor y el llanto!  
 Tened, tened, crueles. ¿Por qué el pecho



De una joven amante atravesado  
Veré con el puñal del que la adora?  
No la veré morir; la vista huyo,  
Tiemblo, gimo y suspiro,  
Y la horrorosa escena otra vez miro.  
¡Oh ilusión poderosa! ¡Oh magia! ¡Oh fuego  
Celestial de las musas, que embellece  
Hasta el mismo dolor! No, no abandones  
De la verdad severa al duro imperio  
El alma afortunada  
Que se mira en tu error embelesada.  
¡Error feliz! ¡ah! sólo con la vida  
Deberías acabar! ¡Qué ven los ojos  
Desnudos de tu venda? La morada  
Del dolor es la tierra; aquí su trono  
Tiene fijo, y en vano  
Se quiere huir de su certera mano.  
Si es que el que vió la luz, en triste lloro  
Ha de acabar la misera carrera  
De la penosa vida, y de los males  
Ha de apurar la copa emponzoñada,  
¡Dichoso si su daño  
Dormido espera en tan amable engaño!

## X.

La voluntariedad y el deseo resignado.

¡Qué rápido torrente,  
Qué proceloso mar de agitaciones  
Pasa de gente en gente  
Dentro de los humanos corazones!  
¡Quién que verlo pudiera  
Furioso, desfrenado, ilimitable,  
En el mundo creyera  
Que hubiese nada fijo, nada estable!  
Mas se enfurece en vano  
Contra la roca inmóvil del destino,  
Que con certera mano  
Supo contraponerle el Sér divino.  
¡Sús! reyes de la tierra,  
El oro omnipotente y el acero  
Acumulad, que encierra  
En su oculto tesoro el orbe entero.  
Llamad de sus hogares  
Cuántos cultivan el fecundo suelo,  
Y mueran á millares,  
O suplicando ó maldiciendo al cielo.  
Truene el estrepitoso  
Cañon por tierra y mar; alce el trofeo  
Su ceño sanguinoso  
Desde el indo Himalaya al Pirineo.  
Silbando cual serpientes  
Engendradas del mar, vuelen las naves,  
Que, de hálitos ardientes  
Animadas, superan á las aves (1).  
No las arredre el viento,  
Ni del mar las corrientes escondidas,  
Y á este nuevo elemento  
Cuántas fuerzas se opongan sean rendidas.  
Parezca que entredicho  
Ha puesto á la verdad la fuerza ciega,  
Y que contra el capricho  
Toda la raza humana en vano brega.  
Bien pronto la tormenta  
Que suscitó el querer de un hombre vano,  
Creciendo, lo amedrenta  
Y paraliza su atrevida mano.  
No así el que sometido  
A la suprema voluntad, procura  
El bien apetecido  
Sin enojado ardor y sin presura.  
¡Deseo silencioso,  
Fuera del corazón nunca expresado!  
Tú eres más poderoso  
Que el que aparece de violencia armado.  
Cual incienso suave  
Tú subes invisible al sacro trono,  
Sin que tus alas grave  
La necia terquedad ni el ciego encono.

(1) Los barcos de vapor.

Del escondido ruego  
Por el querer divino limitado,  
No perturba el sosiego  
Ni temor del azar ni horror del hado.  
Liverpool, 28 de Enero de 1840.

## ÉGLOGAS.

## I.

## CORILA.

(1796.)

Tiende la aurora el sonrosado manto  
Ya sobre el mundo, y con su luz divina  
El aire, que recibe el tierno llanto  
En sus ligeras alas, se ilumina.  
Y la noche, que inclina  
El negro carro en paso perezoso,  
El opuesto hemisferio oscureciendo,  
El astro luminoso  
Huye, que va la tierra esclareciendo.  
Gozoso el prado al ver el nuevo día,  
Ostenta sus riquezas, y en las flores  
Plácida se perfuma el aura fría,  
Que en los campos derrama sus olores.  
De nuevo á los amores  
Vuelven las avejillas bulliciosas;  
Resuena con el canto la enramada,  
Y en tropas vagarosas  
Cantan al claro día la alborada.  
Deja en tanto el albergue afortunado,  
Su manadilla pobre conduciendo  
Corila hácia un ameno y fértil prado,  
Todo el mundo de amores encendiendo;  
Y mientras que paciendo  
Van sus mansas ovejas la abundante  
Hierba con que la tierra las convida,  
Así del pecho amante  
Cantó por aliviar la cruda herida.  
«¡Ay! ¡de qué sirve amar, si el amor llena  
De quebranto y dolor á una cuitada?  
¡Miseria pastorcilla, á la cadena  
De este cruel tan duramente atada!  
¡Ay de mí desdichada!  
¡Quién me quitó el sosiego delicioso,  
Que anidaba en mi pecho, y en lamento  
Mudó el dulce reposo?  
Nunca esperé de amar un tal tormento.  
» Y no es arder la pena que me obliga  
A quejarme de amor; que cuando inflama  
De amor el tierno aliento, su fatiga  
Es el más grato premio del que ama.  
¡Ah! yo sentí esta llama  
¡Triste de mí! en un tiempo, y en mi seno  
Un palpitar dulcísimo sentía,  
Que todo el pecho lleno  
Me dejaba de súbita alegría.  
» No gozo ya, infeliz, de la dulzura  
Y celestial placer, que enajenaba  
Mi corazón sencillo; sólo dura  
Un amargo recuerdo que me acaba.  
¡Oh! cuando yo esperaba  
Estar siempre á tu vista, Silvio amado,  
Envidioso al mirar nuestros amores,  
Te ausentas el fiero hado.  
¡Cuándo merecí yo tales rigores?  
» Si este es el premio, amor, que le preparas  
A quien te sirve fiel, y á quien rendido  
Siempre ofreció sus dones en tus aras,  
¿Cómo te vengarás siendo ofendido?  
Mas ¡ay! que tú has querido  
Burlar de mi inocencia, y tus dulzuras  
Mostrándome cruel, con fiero engaño  
Trocaste en amarguras,  
Y ahora te deleitas en mi daño.  
» Y si es que en ver penar tu placer tienes,  
Y tu deleite encuentras en mis males,

Vuélveme al que apartado me detienes,  
Y se harán mis heridas más fatales.  
¡Ay! mil ansias mortales  
Dame que sufra, amor, ante sus ojos;  
Ante su rostro aviva en mí tu fuego,  
Y venga tus enojos:  
Dame que mire á Silio, y muera luégo.»  
Lloró Corila; y Febo que el oriente  
Con su rayo ilustraba y encendía,  
Derramando su lumbre resplandeciente  
Del monte opuesto por la cumbre fría,  
El llanto que corría  
Dulcemente del rostro á la pastora  
Amoroso miró: y, enardecido,  
Nueva luz atesora  
Y esparce por los campos ya extendido.

## II.

## EL MESÍAS.

Cantad, oh vos, de la sagrada Elía,  
Virgenes venturosas, dulces himnos,  
En tanto que las selvas y los prados  
Escuchan de mi voz enardecida  
Los ecos, que jamás en prado ó selva  
Tan altos fueron de pastor cantados.  
Tú, soberano Espíritu, que hiciste  
Anunciar otro tiempo al sacro vate  
Su bien al mundo, tú me inspira ahora;  
Y su sagrado canto repetido  
Por mí será á los cándidos pastores.  
Vendrá un tiempo, exclamaba arrebatado,  
¡Tiempo feliz! en que una virgen pura  
Conciba, y á luz dé un amable infante.  
El tronco de Jesé florece ufano;  
Brotó una flor el vástago frondoso,  
Que de celeste espíritu agitada  
El ancho cielo llena de su aroma.  
Cielos, haced bajar vuestro rocío,  
Que la naturaleza prosternada  
Le aguarda ya en silencio respetoso.  
La tierra, sí, de crímenes purgada  
Será, y la antigua fraude confundida;  
La incorrupta justicia al universo  
Se mostrará, del cielo descendiendo;  
Con su nevado manto la inocencia  
La tierra cubrirá, y de verde oliva  
La paz le tejerá bella corona.  
Corre veloz ¡oh tiempo! y de este día  
Al mundo brille la celeste lumbre.  
Vén, oh divino infante, te prepara  
Naturaleza mil sencillos dones;  
Derrama los perfumes que respira  
La alegre primavera, y por los prados  
Brilla más que esmeralda su verdura.  
El humilde Saron al cielo envía  
Nubes de puro incienso, y del Carmelo  
La cumbre florecida resplandece.  
Vén, que ya te dispone blando lecho,  
Y brotan en tu cuna tiernas flores.  
Mas ¡qué voces, qué voces el desierto  
Llenan de gozo? Preparad, mortales,  
Los caminos; un Dios, un Dios se acerca.  
Del monte el eco un Dios, un Dios, repite.  
La gloria del Eterno á ti descende:  
Recibe alegre, oh tierra, el dón precioso.  
Montañas allanaos, alzad, oh valles,  
Humillad, cedros, la cerviz frondosa:  
El Salvador se acerca. El alto cielo  
No turbarán ya más de los mortales  
Los gemidos dolientes y suspiros.  
La muerte yace atada en duros lazos,  
Y pálido el tirano del abismo  
Gime entre las ruinas de su imperio.  
Como un pastor al abundoso valle  
Conduce su ganado, y entre tanto  
Que paca la menuda hierbezuela  
Numerosa cuidados sus corderos,  
Y si tal vez de la manada incauto  
Se apartó alguno errante, por la selva

Lo busca fatigado, y en sus hombros  
Lo vuelve alegre al conocido aprisco;  
Tal vez, de fresco ramo convidado,  
Los corderillos tiernos se le acercan,  
Y pacen en su mano sin recelo:  
Así el pastor de pueblos, amoroso,  
Cuidará su rebaño, y los humanos  
Disfrutarán seguros su ternura.  
Ya las guerras cesaron: las agudas  
Espadas ya no más en vuestros campos  
Brillarán, ni la trompa en los guerreros  
Encenderá furios homicidas.  
El Labrador solícito convierte  
La feroz lanza en podadera humilde,  
Y el hierro de la espada en el arado  
Hiende la tierra en extendido sulco.  
Tiempo dichoso, en que á la fresca sombra  
Del álamo sentado el pastor mire,  
Entre placer y asombro conmovido,  
Cubrirse el yermo prado de azucenas,  
Y convidado del murmullo grato  
De las sonoras fuentes, sus cristales  
Mire brotar del árido desierto.  
El tímido cordero con el lobo  
Triscará por los montes y los valles;  
El tigre, de su furia ya olvidado,  
Será entre alegres tropas de garzones  
Con lazadas de flores conducido.  
El toro y el león en un establo  
Pacerán sin rencilla el mismo heno.  
Y el pequeñuelo infante, acariciado  
La víbora y la serpiente, sus colores  
Celebrará con inocente risa.  
Jerusalén, Jerusalén divina,  
Levanta la cabeza coronada  
De esplendor celestial. Mira cubierto  
Tu suelo en derredor, y de tus hijos  
Admira la gloriosa muchedumbre.  
Mira cuál de los últimos confines  
A ti vienen los pueblos prosternados,  
De tu serena lumbre conducidos.  
El incienso quemado en tus altares  
Sube en ondasas nubes. Por ti sola  
Llora el arbusto en la floresta umbría  
Sus perfumes; por ti el Ofir luciente  
Esconde el oro en sus entrañas ricas.  
Goza, oh Sion, la apetecida gloria.  
Vé que ya el cielo rasga el bello manto,  
Y en soberana luz, más que el sol pura,  
Te inunda; luz brillante, que la noche  
Nunca osará turbar con sus tinieblas.

## Á DON JUAN PABLO FORNER.

## EPÍSTOLA.

(1796.)

Sufrid, señor, que en tanto que se afana  
Confusa en torno la molesta tropa  
Que á tu favor aspira con porfía,  
Breves instantes de mi débil musa  
A ti llegue el acento, y en su gozo  
Del sacro coro el gozo tierno mires.  
¡Dichosos días en que al fin del premio  
Llega á gozar la ciencia, y colocada  
En alto puesto luce y brilla al mundo!  
No sólo ya de estériles doctrinas  
Fruto tendrá el ingenio, que sus dogmas  
Furioso sigue y con tesón defiende;  
Ni de sabio el renombre reservado  
Será al que enfurecido en la palestra,  
De las musas odiada, en voces roncadas  
Busque de la verdad la sombra vana.  
¡Infausta ciencia, que del vulgo necio  
Distingue sólo al que la sigue y busca,  
Porque más necio su ignorancia encubre  
En huecas voces, que con aire grave  
Pronuncia como oráculo infalible!  
¿Qué es ser sabio sino una estéril pompa,  
Que hace dañoso al que mejor pudiera  
Ser útil á los hombres? Quien de sabio



Llega á alcanzar la fama, que el estudio  
De gruesos tomos, fiera catadura  
Y lúgubre vestido le atrajeron,  
Bien puede en ocio vil pasar los días,  
Y en torpe languidez tranquilas horas.  
Ya manda con imperio, y su dominio  
Ejerce sobre el vulgo de ignorantes,  
De cuyo afán é industria, sosegado,  
Recibe los tributos que á su ciencia  
Y á su saber profundo son debidos:  
Ya si se ve la patria acometida  
De un tirano opresor, seguro el sabio  
Se recoge á su hogar, y allí en sosiego,  
Y sin temor de súbitas heridas,  
Los ejércitos manda, y á su agrado  
Dispone las batallas; que exponerse  
Ante la hueste armada á ver perdido  
En breve espacio el dilatado estudio,  
Fuera grande impiedad. La necia sangre  
Derrámese en buen hora; á necias manos  
Las armas pertenecen, que á los sabios  
(Exclaman altamente) ilustrar sólo  
Conviene con las útiles doctrinas  
Al mundo todo, y la verdad mostrarle.  
Mas ¡ay! si la verdad, oscurecida  
Por impios dogmas, su brillante lumbré  
Pálida torna, y lángido su influjo  
Al mortal llega, cual por densa nube  
Pasa trémulo el rayo, que otras veces  
Alentó el campo y fecundó su seno:  
Impune entonces el error se esparce  
En vanas formas, y la vista débil  
Del hombre turba, que en la espesa sombra  
Solo y sin luz al precipicio guía  
Sus inciertas pisadas. ¡Quién la senda  
Le mostrará, si el que debiera entonces  
La mano darle, tímido se oculta,  
O envuelto yace en la comun ruína?  
No es dado más á la mezquina turba,  
Que del saber el nombre y puesto ocupa.  
¡Cuál hado, ó cuál espíritu en su enojo  
Domina al mundo con infandas leyes?  
En torno de la tierra la ignorancia  
Revuela, y de sus alas ponzoñoso  
Licor esparce, y en sopor maligno  
Detiene á los mortales, cuyos ojos,  
Errantes y turbados, en su daño  
Su dicha ven. El denegrido rostro  
De falsa luz rodea, y colocando  
Su inmundo pié sobre las santas aras  
De la sabiduría, el sacro incienso  
Recibe; y á su sombra defendiendo  
La turba vil de sus adoradores,  
Con ellos parte su dominio, y gime  
El mundo ya cautivo en sus cadenas.

Mas ¡ah! señor, que un fausto y feliz día  
Se anuncia ya á las ciencias, y no en vano  
Gozas el premio á tu saber debido.  
De tí esperan venganza á sus agravios  
Las injuriadas musas, y á tí solo  
Fian su honor. ¡Y á quién mejor pudieran  
Fiarlo si no á tí, que sus altares  
De aves inmundas, y nocturnos buhos  
Con mano victoriosa defendiste?  
A tí, á quien sus misterios soberanos  
Jamás ocultos fueron, el castigo  
Reservan de su injuria. Sí, ya el tiempo  
Se llega, en que á sus aras, no manchadas  
Con vil ofrenda, sin temor se acerque  
Gloriosa tropa, que con manos puras  
Queme el sagrado incienso, que otras veces  
Se ofreció ante un inmundo simulacro.  
Del elevado trono en que se ostenta,  
Arroje la ignorancia, y sus secnaces,  
Desnudos ya del engañoso brillo,  
Mofa sean del pueblo, que otro tiempo  
Se rindió ante sus plantas temeroso.  
¡Oh, venga el día, día deseado,  
En que su gloria el Helicon te aclame,  
Y su esclarecedor el mundo todo!

## COMPOSICIONES VARIAS.

## I.

## CANCION DE LA ALBORADA.

Traducción libre de Gésner.

Salve ¡oh temprana y sonrosada aurora!  
Salve ¡oh cándido día!  
Ya tu serena luz el cielo dora  
Tras la montaña umbría.  
Ya vibrando en las aguas fugitivas  
De la undosa cascada,  
La tierna hierba de centellas vivas  
Deja toda esmaltada.

Tiembla sobre las hojas el rocío  
Ante el naciente rayo,  
Cobra el verdor del valle nuevo brío,  
Vuelto de su desmayo.

Céfiro que dormía entre las flores,  
Despierta, y bullicioso  
Llama á los venticillos voladores  
De su lecho oloroso.

Trisca la leve tropa. Cuál se mece  
En las flores vecinas,  
Cuál vuela hasta do el prado se florece  
De lirio y clavellinas.

Los sueños engañosos revolando  
Entre la niebla oscura,  
Con ella hácia occidente en denso bando  
Huyen de la luz pura.

Así, volando en torno á mi querida,  
Enjambres de amorcillos  
Se enlazan de la trenza desparcida  
En los rubios anillos.

Céfiro ¡ah! volad, volad ligeros,  
Y á la cabaña agora  
Llegad, jugueteando placenteros,  
Do duerme mi pastora.

Llevad en mil esencias olorosas  
Las alitas mojadas,  
Y en sus mejillas de jazmin y rosa  
Dejadlas derramadas.

Girad en derredor del blando lecho,  
Y entre juegos lascivos  
Leves posad en su nevado pecho,  
Y en sus labios esquivos.

Y en despertando la zagala mía,  
Susurrad al oído,  
Cual junto á la cascada ántes del día  
Su nombre he repetido.

## II.

## UNA TORMENTA NOCTURNA EN ALTA MAR.

SILVA.

¡Gran Dios, gran Dios, qué miro!  
El sol se sumergió, y el negro velo  
Desarrolló la noche sobre el cielo;  
Mas con plácido giro  
Una hueste de estrellas se derrama  
Por la ancha faz del alto firmamento.  
¡Cuál reverbera la gloriosa llama  
Del gran Señor del día! (1)

Cuál, rayos no prestados  
Por las regiones del espacio envía (2).  
¡Oh Dios, y qué soy yo! Punto invisible  
Entre tanta grandeza:

Aquí sentado sobre un mar terrible,  
Tiemblo al ver su fiereza.

No há mucho, oh mar, que te miré halagüeño  
Con bonancible y plácido reposo,  
Bullendo en risa amable,  
Juguetear con este enorme leño.  
¡Traidor, ¡oh! quién juzgára

(1) Los planetas.  
(2) Las estrellas fijas.

Que tu favor no fuese más estable!  
¡Por qué mudas color? ¡Por qué oscureces  
El espejo grandioso en que miraba  
El estrellado cielo su hermosura?  
¡Tan presto ¡ay de mí! acaba  
De un plácido entusiasmo la dulzura!  
Embebecido ¡oh Dios! cuando contemplo,

En religiosa calma,  
Esta tu habitacion, tu eterno templo,  
A tu trono inmortal vuela mi alma.

¡Oh! si del bien supremo  
Pudiese aquí mirar la no turbada  
Imágen, y gozarme en su belleza!  
Mas de uno al otro extremo

Del planeta inferior en que resido,  
El mal hace su nido,  
Y por él agitada  
La gran naturaleza,

Parece apetecer su antigua nada.  
¡Oh, cómo gime el viento!  
Con lúgubre concierto agudas voces  
Parecen lamentarse entre las velas,  
Y estremecer sus telas

Con perpétuo temblor, aunque veloces  
A escapar se apresuran.  
¡Oh, cuán mal aseguran  
Los marineros sus desnudas plantas!  
Al cielo te levantas

Y bajas al abismo, oh frágil nave,  
Cuál leve pluma, ó cuál peñasco grave.  
¡Por qué no busco asilo  
En el estrecho y congojoso seno  
Del cerrado navío!.....

Nó; rompa aquí, si quiere, el débil hilo  
De mi vida la suerte:  
No me arredra la muerte,  
Mas si viniere, ¡oh Dios! en tí confío.

¡Por qué temer? ¡No estás en la tormenta  
Lo mismo que en la calma más tranquila?  
La nube, que destila  
Aljófara, en presencia de la aurora,  
No es tuya, como aquesta que amedrenta  
Con su espesor mi nave voladora?

¡Y qué es morir? Volver al quieto seno  
De la madre comun de tí amparado;  
O bien me abisme en el profundo cieno  
De este mar alterado;

O yazga bajo el césped y sus flores,  
Donde en la primavera  
Cantan las avecillas sus amores.  
Oh traidores recuerdos que desecho,  
De paz, de amor, de maternal ternura,  
No interrumpais la cura

Que el infortunio comenzó en mi pecho!  
¡Imágen de la amada madre mía,  
Retírate de aquí, no me derritas  
El corazón que he menester de acero,  
En el amargo día

De angustia y pena, que azorado espero.  
¡Tú, imágen de mi padre, que me irritas  
A contender con el furor del hado,  
Consérvate á mi lado!  
Que aunque monstruo voraz el mar profundo  
Me sepultare en su interior inmundo,  
Contigo el alma volará hácia el cielo,  
Libre y exenta de este mortal velo.

Liverpool, 15 de Noviembre de 1839.

## III.

## CANCION (1).

¡Oh! ¡qué anhelar es este que me inspira?  
¡Qué agitacion, qué dulce y puro ardor!  
Sin yo querer resuena ya mi lira,  
Sin yo querer al aire doy mi voz.

Nunca esperé que don tan noble el cielo  
Diérame á mí sin pena ni afanar;  
Supo el amor mi cuita, y rasgó el velo,  
Vi un mar de luz, y en él miradme ya.

¡Dichosa yo! Con alas venturosas  
Penetraré donde reside el bien,  
Coronaré con inmortales rosas  
De eterno olor la enardecida sien.

No más temer, no más dudar, me siento  
Del suelo alzar, cercada de esplendor;  
Tímida fui; pero de hoy más mi acento  
Será el clarín del bien y del honor.

## IV.

## LA CANTORA.

## SEGUIDILLAS (2).

## 1.

Me dicen que los ecos  
De mis canciones,  
Pondrán luégo á mis plantas  
Mil corazones.

No quiera el cielo  
Tengan en mí sus dones  
Tan vil empleo.

## 2.

No quiero aduladores:  
La ambicion mía  
Es propagar la llama  
Que en mí respira.  
Llantos no quiero;  
Valor, virtud, franqueza  
Ganen mi pecho.

(1) De la novela de Blanco *La Huérfana Española en Inglaterra*.  
(2) De la misma novela.

## DON JOSÉ VICENTE ALONSO.

## NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Ávila el año de 1775, y fué bautizado en la parroquia de San Vicente. Sus padres fueron don Vicente Alonso y García y doña Petronila Montejo. En edad temprana pasó á Granada, donde alentado por la proteccion y amistad que le dispensaba el obispo señor Moscoso, siguió sus estudios jurídicos y literarios, dando de sí favorable concepto.

En 31 de Mayo de 1794 recibió la borla de doctor en derecho civil en la universidad de aque-